

Aula 9

FENÓMENOS CULTURALES EN ESPAÑA.

META

Mostrar algunos conceptos básicos y muestras significativas de las manifestaciones artísticas que desarrollaron en España a lo largo de la historia.

OBJETIVOS

Al final de esta clase el alumno deberá ser capaz de:
Conocer el área algunas manifestaciones culturales;
Saber las principales características de la cultura española.

PRERREQUISITOS

Con el fin de trabajar de manera productiva en el tema propuesto en esta clase el estudiante debe desarrollar los conocimientos comprados en el curso como: reflexionar, analizar, comprender e identificar a partir de los textos disponibles los fenómenos culturales españolas más significativos.

Antonielle Menezes Souza
Carlos Augusto Santos Vieira
Marcio Carvalho da Silva
Valéria Jane Siqueira Loureiro.

INTRODUCCIÓN

España, país situado en Europa, más precisamente en la Península Ibérica y tenía el mundo diseminando estado de Imperio Mundial formar sus costumbres y culturas. La reflexión sobre la importancia de los fenómenos culturales españolas es el tema de esta conferencia. En primer lugar, vamos a ver cómo la monarquía era importante para la unión de los pueblos de Iberia que unen las diferentes culturas, costumbres e idiomas en una nación más allá de la importancia y la contribución de los árabes musulmanes a la economía y la cultura. Finalmente se propone una reflexión sobre la rica cultura española al hacer referencia a la literatura, escultura, teatro, entre otros eventos artísticos y culturales; También los políticos desbordamientos serán abordados (golpes de estado y guerras), ya que son de gran importancia para entender la cultura española. ¿Vamos a profundizar en nuestro conocimiento sobre la rica cultura española?

LA FORMACIÓN DE ESPAÑA

La monarquía en la historia de España

Ya reinos míticos de la antigüedad, como Tartesos en el sur peninsular, o los pueblos tradicionalmente asentados en toda Iberia desde la Edad de los Metales —íberos, celtas y otros— adoptaron de manera mayoritaria formas de gobierno y de poder de definición y estructura monárquicas.



Regnorum Hispaniae nova descriptio. 1631. Disponible en: <http://laorejadejenkins.es>

La civilización romana en la Península a partir de finales del siglo III a. de C. consolidó esa tendencia al incorporar la Península —desde entonces conocida como Hispania— al marco del Imperio Romano. Éste se afirmó

como una construcción política netamente monárquica desde la plena incorporación de Hispania en tiempos del primer Emperador, Augusto. Hispania dio a Roma algunos de sus principales emperadores, como Trajano —que extendió sus fronteras desde las islas Británicas a Mesopotamia, incluyendo la actual Rumanía; Adriano y Marco Aurelio —conocidos por la impronta cultural, filosófica y artística que legaron; o Teodosio el Grande, que dividió definitivamente el Imperio en dos partes, posibilitando de este modo la existencia y continuidad de un gran Estado de cuño grecolatino en el orbe oriental —el Imperio Romano de Oriente, comúnmente llamado Imperio bizantino— hasta los albores de la Edad Moderna a mediados del siglo XV.

El colapso y la desintegración del Imperio Romano Occidental, en gran parte propiciados por la incursión de pueblos de origen germánico organizados también al modo monárquico, trajeron consigo la articulación de reinos independientes en las antiguas provincias romanas. En Hispania, se instaló a partir del siglo V d. de C. el pueblo visigodo que, oriundo del norte de Europa, venía transitando por territorio romano desde hacía varios siglos. Ya el Rey Ataúlfo, primer monarca visigodo que reina en Hispania todavía bajo soberanía formal romana, adoptó disposiciones regias en lo que se considera una muestra de ejercicio de poder real autónomo en España hace mil seiscientos años. Posteriormente, con el Rey Leovigildo y sus sucesores, se alcanzó en los siglos VI y VII una forma de unidad política, territorial, jurídica y religiosa del territorio hispánico tras ser reducidos algunos poderes rivales como el Reino suevo instalado en el noroccidente peninsular y tras unificar códigos legales para su aplicación indistinta a los pobladores de origen romano y goda y al lograrse la unidad religiosa en torno al catolicismo tras el definitivo apartamiento del arrianismo.

La Monarquía hispanogoda, que se reconoció política y legalmente heredera y sucesora de Roma en la Península, constituye la primera realización efectiva de un Reino o Estado independiente de ámbito y territorialidad plenamente hispánicos. Su Corona o jefatura máxima tuvo carácter electivo al ser seleccionados sus monarcas dentro de una determinada estirpe.

El derrumbamiento del Reino hispanogodo como consecuencia de sus conflictos intestinos y de la conquista musulmana dio comienzo al largo proceso convencional e históricamente denominado Reconquista. En varios núcleos cristianos del norte peninsular — particularmente en Asturias — se constituyeron reinos y espacios articulados monárquicamente que, de manera paulatina e ininterrumpida, procedieron a recuperar el territorio peninsular teniendo como referente el extinguido Reino hispanogodo y como objetivo su plena restauración.

Asturias, Galicia, León y Castilla, así como Navarra, Aragón y los condados catalanes consolidaron sus solares originarios y ampliaron sus territorios favoreciendo también la creación de nuevos reinos en los espacios adyacentes. Así se articularon en la Península e Islas otros reinos

como Portugal, Valencia y Mallorca. Por aquellos siglos, el sector peninsular correspondiente a al-Andalus, se organizó, como el cristiano, al modo monárquico constituyéndose, según los distintos periodos, el Emirato y el Califato de Córdoba y, después, los reinos de Taifas.

Cabe destacar que tanto en la Hispania cristiana heredera de la tradición hispanorromana e hispanogoda como en al-Andalus se organizaron institucionalmente las más altas percepciones de las cosmovisiones monárquicas que imperaban en el mundo de entonces. Así, si en la Europa occidental el máximo rango político-formal correspondía al Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, en la España cristiana fueron varios los Reyes — particularmente Alfonso VI y Alfonso VII de León y de Castilla— que asumieron la dignidad de Emperador de España o de las Españas. En tierras hispanomusulmanas, monarcas de Córdoba adoptaron los títulos de Emir y Califa al igual que sus contrapartes del universo islámico afroasiático con centros en Damasco o Bagdad.

La culminación de la Reconquista a fines del siglo XV tuvo como resultado la extinción del espacio hispanomusulmán y la convergencia política y territorial de las principales Coronas españolas, las de Castilla y Aragón, con unos mismos monarcas, los Reyes Católicos Isabel y Fernando. A esa unión monárquica se incorporaron poco después el Reino de Navarra y, a finales del siguiente siglo, con Felipe II, el Reino de Portugal, lográndose así la completa unión peninsular hispánica, o ibérica, en el marco de una Monarquía común. Coetáneamente, y también con posterioridad, durante los siglos XVII y XVIII, la Monarquía de España adquirió una dimensión planetaria con la consiguiente incorporación de territorios y reinos en diferentes continentes. Los pueblos y territorios de América se organizaron como los de las tierras andaluzas después de las conquistas de tiempos de Fernando III el Santo. Lo mismo que en Andalucía se formaron reinos —los de Jaén, Córdoba, Sevilla, y posteriormente Granada— en Indias también se constituyeron reinos con virreyes como delegados del monarca, en Nueva España, El Perú y posteriormente, en Nueva Granada y en el Plata, por lo que el Rey se consideraba sucesor de los emperadores autóctonos, como se quiso expresar mediante las esculturas de Moctezuma, último emperador azteca, y de Atahualpa, último emperador incaico, situadas en una de las fachadas del Palacio Real de Madrid.

El título o tratamiento tradicional de Católicos concedido a los Reyes de España por el papa Alejandro VI en 1496, a Fernando, Isabel y sus sucesores, hizo referencia en su momento a la concreta adscripción religiosa del monarca y a su defensa de la fe católica, aunque también denotaba, según ciertas interpretaciones, una proyección de carácter ecuménico y universalista en un momento en el que, por primera vez en la historia del mundo, un poder político —en este caso la Monarquía Hispánica— alcanzaba una dimensión global con soberanía y presencia efectiva en todos los continentes

—América, Europa, Asia, África y Oceanía— y en los principales mares y océanos —Atlántico, Pacífico, Índico y Mediterráneo.

Consecuencia del proceso histórico acumulativo e incorporador de la Monarquía española fueron las específicas titulaciones utilizadas por los Reyes de España. Junto al *título corto* —Rey de España, o de las Españas— que hace referencia sintética al solar originario de la Monarquía, se utilizó oficialmente en cada reinado y hasta el siglo XIX el *título grande o largo* con explícita mención de los territorios y títulos con los que reinaba el monarca español, con los que habían reinado sus antepasados o sobre los que se consideraba tenía legítimo derecho. Sirva como muestra la extensa titulación de Carlos IV, todavía en 1805, plasmada en la Real Cédula que precedía al texto legal de la *Novísima Recopilación de las Leyes de España* con ocasión de su promulgación: “*Don Carlos por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y Tierra firme del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán; Conde de Apsburg, de Flandes, Tirol y Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina*”. Cabe subrayar que la vigente Constitución Española, en su artículo 56.2, señala que el título del Jefe del Estado “*es el de Rey de España y podrá utilizar los demás que correspondan a la Corona*”.

Como vértice superior del Estado monárquico, a la Corona le correspondió en tiempos medievales y en el Antiguo Régimen las máximas y más amplias funciones gubernativas y, por ello también, una especial responsabilidad tanto en los aciertos como en los errores.

Sancho III el Mayor, Rey de Navarra, ya en el siglo XI reunió bajo su trono una parte sustancial de la España cristiana. Sin embargo, al igual que otros Reyes medievales hispanos y por causa de una tradicional visión patrimonialista de la Monarquía, dispuso que se dividieran sus dominios tras su fallecimiento. El Rey de León Alfonso IX se adelantó a su tiempo convocando en 1188 las primeras Cortes de la historia europea con participación ciudadana, noble y eclesiástica. Fernando III el Santo unificó definitivamente los Reinos de Castilla y de León dando un impulso irreversible a la Reconquista. Alfonso X el Sabio favoreció la cultura y las artes, además de establecer los fundamentos legislativos y hacendísticos de una nueva forma de Estado monárquico. Jaime I de Aragón y sus sucesores afirmaron la unión política de los territorios de la Corona aragonesa y su expansión ultramarina mediterránea.

Ya en la Edad Moderna, los Reyes Católicos, además de completar la Reconquista y posibilitar el descubrimiento del Nuevo Mundo, impulsaron el Derecho de Gentes —embrión y base del futuro Derecho Internacional— así como una legislación indiana, nueva en su tiempo

por la protección de derechos que propugnaba y la alternativa expulsión-conversión al cristianismo de la población judía en España. Carlos I, que con los recursos políticos, económicos y militares de España sumó a sus dominios el Sacro Imperio Romano Germánico y, sobre todo, los grandes Imperios y territorios americanos de México y Perú, se convirtió por ello en uno de los monarcas más famosos de la Historia Universal, más conocido como Carlos V el Emperador. No obstante, dio término a los movimientos que en España luchaban por las libertades de las ciudades en torno a 1520. Felipe II, unificador de la Península al incorporar Portugal a la Corona —y que previamente había sido Rey de Inglaterra e Irlanda por vía matrimonial— representó el apogeo de la Monarquía Hispánica en el mundo, la cual mantuvo una posición preeminente de hegemonía con Felipe III y Felipe IV —el Rey Planeta—, hasta mediados del siglo XVII. Tras el periodo ilustrado del siglo XVIII, impulsado por soberanos como Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV siguieron tiempos de inestabilidad política, económica y social con motivo de las consecuencias de la guerra contra los ejércitos de Napoleón Bonaparte entre 1808 y 1814.

El tránsito del Antiguo Régimen al Estado Liberal es también el tránsito de la soberanía como competencia del Rey a la soberanía como atributo exclusivo de la Nación y así se estableció en Cádiz con la Constitución de 1812. En ese proceso de traslación de la titularidad de la soberanía hacia el pueblo, el monarca se afirmó como la máxima representación institucional y personal de la Nación soberana. Esta traslación es fundamental para comprender la identidad final del Rey en la actualidad como Jefe del Estado y representante máximo de la Nación en la cual reside la soberanía.

A la muerte de Fernando VII y en tiempos de su viuda, la Reina Gobernadora María Cristina de Borbón, se favoreció el cambio político para culminar en la Constitución de 1837, con lo que España pasó de estar regida por una monarquía absoluta a que la soberanía residiera en la Nación. El siglo XIX español —que viviría un breve periodo republicano— fue testigo de guerras internas entre isabelinos y carlistas. Al mismo tiempo, durante el reinado de Isabel II, España experimentó cambios de gran trascendencia económica, política y social, al establecer sistemas monetario, hacendístico e institucional propicios a fomentar un proceso de industrialización fundado en los grandes cambios en los transportes (especialmente con el ferrocarril) y en las comunicaciones, y con una legislación que favoreció la creatividad y las iniciativas empresariales.

El periodo de la Restauración iniciado en 1875 con Alfonso XII acabó en 1931 con la proclamación de la II República y el final del reinado de Alfonso XIII. Fueron años de gran crecimiento económico fundado en la industrialización de España, favorecido por la neutralidad durante la primera guerra mundial. En 1947, ocho años después del final de la Guerra Civil Española y en pleno régimen dictatorial, se estableció por Ley que España era un Estado constituido en Reino.

El acceso de Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I a la Jefatura del Estado en 1975 favoreció e impulsó la Transición a un régimen democrático de libertades plenas y a un Estado social y de Derecho consagrado en la Constitución de 1978. Los decenios transcurridos desde entonces se consideran los de mayor progreso económico y social de toda la Historia contemporánea de España.

Disponible en: < <http://www.casareal.es/ES/MonarquiaHistoria/Paginas/historia-monarquia.aspx>>. Acceso em: 30 out. 2016. (Texto adaptado).

La Iberia musulmana

En el siglo VIII, casi toda la Península Ibérica fue conquistada (711-718) por los ejércitos de moros musulmanes provenientes principalmente del norte de África. Estos logros forman parte de la expansión del Califato Omeya. Sólo una pequeña zona montañosa en el noroeste de la península logró resistir la invasión musulmana inicial.

Bajo la ley islámica, los cristianos y los Judios se les dio la condición de subordinación de dhimmi. Este estado permitió que los cristianos y los Judios para practicar su religión como "gente del libro", pero fueron obligados a pagar un impuesto especial y estaban sujetos a ciertas discriminaciones. La conversión al Islam procedió a un ritmo cada vez mayor. Se cree que el muladí (musulmanes de etnia Ibérica) compuesta por la mayoría de la población de Al-Andalus a finales del siglo X.

La comunidad musulmana en la Península Ibérica fue diversa y acosado por las tensiones sociales. Los bereberes del norte de África, que había proporcionado la mayor parte de los ejércitos invasores, se enfrentaron con los líderes árabes de Oriente Medio. Con el tiempo, las poblaciones árabes se establecieron grandes, especialmente en el valle del río Guadalquivir en la llanura costera de Valencia, en el valle del Ebro (al final del período) y la región montañosa de Granada.

Córdoba, la capital del califato, fue la ciudad más grande, más rico y más sofisticado en Europa occidental en el momento. Intercambios comerciales y culturales florecieron en el Mediterráneo. Musulmanes importaron una rica tradición intelectual de Oriente Medio y el Norte de África. Los eruditos musulmanes y los Judios jugaron un papel importante en la renovación y expansión de la cultura griega clásica en Europa Occidental. Los cultivos romanizados de la Península Ibérica interactuaron con las culturas musulmanas y judías de manera compleja, dando a la región una cultura distintiva.

Para la civilización occidental las contribuciones de España islámica eran de un valor inestimable. Cuando los musulmanes entraron en el sur de España, bárbaros del norte habían devastado gran parte de Europa, la civilización grecolatina clásica había desaparecido y Europa vivido un largo período de la Iglesia impone la oscuridad.

Los musulmanes de España construyeron una civilización y produjo una cosecha que fue el más sofisticado en la Edad Media. España islámica era el puente por el cual todos legados científico, tecnológico y filosófico de la antigüedad, los abasíes y la cultura islámica se hizo pasar muy a Europa. Un tesoro que se materializa en obras que se han convertido en fuentes inagotables de conocimiento y el aprendizaje de Europa durante muchos siglos. En el primer siglo de dominio musulmán, la cultura fue fuertemente influenciado por la floreciente civilización que se desarrolló en Bagdad bajo los auspicios de los abasíes.

La ciudad de Córdoba tenía 700 mezquitas, palacios y cerca de 60.000 bibliotecas 70, uno de los cuales albergaban 500.000 manuscritos y un equipo de investigadores, traductores y encuadernadores. Córdoba también tenía 900 cuartos de baño y fue la primera ciudad europea que tiene sus calles iluminadas. Madinat al-Zahra, la residencia del califa, era un complejo de mármol, estuco, marfil y ónice y fue considerado para ser destruido en el siglo XI, una de las maravillas de la época. El interés en las ciencias naturales comenzaron a desarrollarse en Al-Andalus del siglo XI. Los eruditos musulmanes entienden que el conocimiento de la naturaleza era una manera de elevarse a Dios. Los estudios variaron desde la física a la música, a continuación, considerada una rama de la teoría matemática, a través de la botánica, la zoología, la astronomía, la geografía, la historia y, sobre todo, la filosofía y la medicina.



Mesquita de Córdoba. Disponible en: <https://www.radicestujeme.eu>

En el siglo XI, los territorios musulmanes fragmentada en reinos rivales (los llamados taifas), permitiendo que los pequeños estados cristianos la oportunidad de ampliar enormemente sus territorios. La llegada de las sectas islámicas dominantes de los Almorávides y Almohades, desde el norte de África, la unidad nuevamente en la Península Ibérica musulmana, con una aplicación más estricta, menos tolerante del Islam, provocando una

recuperación de la fortuna musulmanes. Este encuentro estado islámico experimentó más de un siglo de éxitos que revirtieron parcialmente victorias cristianas. Los conflictos en curso entre los musulmanes y los cristianos tuvieron como resultado, la Reconquista cristiana, comenzando en el siglo VIII con la resistencia cristiana en el norte de España ya través de los siglos siguientes, con el avance de los reinos cristianos hacia el sur, que culminó con la conquista y la expulsión los últimos moros en 1492. Durante este período, los reinos y principados cristianos han desarrollado notablemente, incluyendo la más importante: la Corona de Castilla y la Corona de Aragón. La unión de estos dos reinos a través del matrimonio en 1469 de la reina Isabel I de Castilla con el rey Fernando II de Aragón llevó a la creación del Reino de España.

Disponibile en: <<http://libro.uca.edu/payne1/spainport1.htm>>. Acesso em: 30 set. 2016. (Texto adaptado).

DE PASEO...

Ahora que sabes un poco más sobre la rica cultura española su contribución educación histórica y artística, no sólo a la hablante española mundo, sino por toda la humanidad vamos a pasear un poco por ellas asistiendo el video disponible en el Ambiente Virtual de Aprendizaje (AVA):

Descripción: En este documental se hace un recorrido por las principales obras de Antoni Gaudí (desde el inicio de su carrera hasta el final de su vida): la Casa Vicens, el Colegio de las Teresianas, el Park Güell, la Casa Batlló, la Pedrera y la Sagrada Familia, entre otras obras. En el documental se explica la forma de trabajar de Gaudí, algunas de las innovaciones que realizó y lo que se ha hecho y está haciendo para finalizar la construcción de la Sagrada Familia.



Antonio Gaudí. disponible en: <https://www.youtube.com>

PROFUNDIZANDO EL TEMA...

CONOCIENDO EL ARTE DE ESPAÑA...

Vamos a leer un fragmento adaptado de un texto producido por Carlos Fuentes que habla a respeto del arte y cultura de España Contemporánea.

LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Las torres del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia dominan el puerto de Barcelona y el Mediterráneo. La gran obra de Antonio Gaudí apunta no sólo hacia el cielo sino, como es la costumbre en España, hacia la tierra también. Son un extremo del artificio. Y sin embargo se asemejan a las cuevas, a las estalagmitas, a los riscos y a las barrancas de las montañas más solitarias. Las torres de la Sagrada Familia parecen tan sólidas como las de las catedrales góticas de Burgos o Compostela, pero se trata de estructuras huecas, tan ligeras como dos velas derramando cera.



Las torres de La Sagrada Familia. Disponible en: <http://www.entradassagradafamilia.es>

Durante un siglo, la Sagrada Familia ha estado construyéndose, con diversas interrupciones, y durante este tiempo jamás ha dejado de ser fuente de controversia y de fuertes pasiones. Antonio Gaudí murió en 1926, a la edad de 74 años, dejando su obra inacabada. Y el propio Gaudí, cuyo estilo sinuoso, sensual y revolucionario puede ser visto por toda Barcelona (él la convirtió en su ciudad) fue matado por un tranvía, y cuando su cuerpo fue llevado a la morgue, nadie lo reconoció, de tan discreto, modesto y, en verdad, inacabado que fue. Como los arquitectos de Compostela o de las pirámides toltecas, Gaudí era en verdad un artista anónimo, el portador de una promesa inacabada, el ejemplo mismo de la muerte como la interrupción de la promesa.

Y así, la Sagrada Familia permaneció inacabada, un proyecto, una promesa, como España, como la América española. Pero no es la muerte lo que realmente deja inacabadas nuestras vidas, sino la vida misma: la vida histórica. Y en Barcelona, admirando la Sagrada Familia de Gaudí en este puerto, centro de la actividad comercial en el Mediterráneo durante miles de años, pero también una ciudad con profundas raíces regionales en Cataluña, podemos recordar, una vez más, el desfile de pueblos pasando frente al espejo desenterrado: fundadores celtíberos, navegantes y comerciantes fenicios y griegos, legionarios romanos, invasores bárbaros, ejércitos musulmanes, el Cid y Colón, los conquistadores rumbo al Nuevo Mundo, los príncipes de Habsburgo y los escritores y pintores del Siglo de Oro. Todos ellos nos obligan a reflexionar que tanto España como la América española son el resultado de un encuentro de culturas.

Desde la atalaya de la Sagrada Familia, mirando hacia el Mediterráneo, pero mirando también tierra adentro hacia una España nuevamente orgullosa, progresiva y democrática que parece haber asimilado inteligentemente su pasado, ¿nos será permitido a todos los pueblos hispanohablantes progresar también con un profundo sentido de la tradición; vivir en un mundo de comunicaciones instantáneas e integración económica global, pero sin perder el sentido de la propia historia, de las propias raíces? ¿Podemos pertenecer a la aldea global, sin abandonar por ello la aldea local? El templo inacabado de Gaudí nos permite preguntarnos no sólo quiénes somos sino en qué nos estamos convirtiendo, cuáles son nuestros negocios inacabados, no sólo en España, sino en toda la comunidad hispanohablante, las tres hispanidades de España, la América española y los Estados Unidos de América.

El viejo Imperio español, cuyos huesos pueden encontrarse a lo largo y ancho del Nuevo Mundo, no poseía semejantes dudas. Se autoproclamó “real, corpóreo, actual y eterno”. Duró exactamente cuatro siglos, desde el desembarco de Colón en las Antillas en 1492 hasta la derrota final del Imperio viejo por el joven Imperio, los Estados Unidos de América en 1898.

Azuzada por los encabezados sensacionalistas del periódico de William Randolph Hearst, *The New York Journal*, la guerra se celebró con un sen-

tido de patriotismo exacerbado, explícito en el grito “Recordemos el Maine, al diablo con España”, que terminó despojando a la Corona española de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. En las palabras de Teodoro Roosevelt, que combatió en la guerra a la cabeza de su “caballería ruda”, se trató de “una espléndida guerrita”.

“Aquí yace la mitad de España”

Nada quedaba del Imperio de Carlos V y Felipe II, donde el sol jamás se ponía. Ahora, el sol se había puesto y el hecho provocó una reacción asombrada en España. El sueño de la grandeza había concluido. España se había engañado a sí misma. “En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño”, había dicho con melancolía Don Quijote cuando regresó a morir en su vieja aldea. Ahora, parecía que el fin del Imperio había sido predicho de una vez por todas en esos dos espectros literarios que erraron a lo largo de una España cerrada y absorta en sí misma: Don Quijote y Sancho Panza. Pero si ésta era la ilusión, ¿cuál era la realidad del país?



Don Quijote y Sancho Panza. Disponible en: <https://www.emaze.com>

Podía España verse ahora a la cara y descubrir lo que estaba enterrado en su espejo histórico? Una debilidad política que había permitido a España perder su oportunidad democrática y modernizante, encarnada en la Constitución liberal de Cádiz del año 1812, un documento legal que dio cuerpo a las esperanzas de una generación de ciudadanos hispánicos modernizantes, en España y en las Américas. Pero la Constitución de Cádiz, como tantas otras leyes en nuestra historia, había sido abandonada, asaltada por las realidades de intereses y prácticas patrimonialistas, provincianas, a menudo indecentes, en tanto que la monarquía, desacreditada desde el movimiento de la invasión napoleónica, no poseía la antigua energía de los autoritarios Habsburgo ni de los paternalistas Borbones. Esta política sin

timón a menudo se tradujo en guerras fratricidas, permitiendo al periodista Mariano José de Larra exclamar con tono fúnebre: “Aquí yace media España; murió de la otra media”. Pero ni Larra, ni publicistas como Blanco White, ni novelistas como Benito Pérez Galdós, quien escribió la comedia humana española en una vasta saga abarcando todos los niveles de la sociedad, o el autor espléndidamente irónico, contenido y dulciamargo de *La Regenta*, Leopoldo Alas, “Clarín”, podían rescatar a España de la debilidad intelectual que la dejó fuera de la corriente central del pensamiento, la política, la ciencia y la economía occidentales.

“¡España miserable!”, exclamó el poeta Antonio Machado. “España miserable, ayer dominadora, envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.” Éste es un amargo epitafio, pero no es el único. La voz de Machado fue una en el coro de una generación, llamada la Generación de 1898, el año de la pérdida del Imperio, que le gritaba a España: refórmate, concóctete, modernízate... Pero primero mírate, dijo el dramaturgo Ramón del Valle Inclán, quien en obras como *Divinas palabras* presentó a España como parte de un esperpento, una realidad grotesca, un callejón de espejos deformes, donde incluso las imágenes más bellas podían volverse absurdas: “El sentido trágico de la vida española”, escribió Valle Inclán, “sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada”. El improbable, hirsuto Valle Inclán, con sus barbas de chivo, sus gruesos lentes quevedescos, sus ojos de lechuza y su mano herida, perdida en un pleito callejero cuando un rival le pegó con su bastón y hundió los gemelos de la camisa de don Ramón en su piel, produciendo la infección y la amputación.

Este bandido manco contrastaba con la nobleza magisterial del filósofo de Salamanca, Miguel de Unamuno, con su barba blanca, su pelo recortado y su mirada de lince que parecía parte del paisaje. No, contestó Unamuno: España poseía, en realidad, un sentido trágico de la vida porque tenía la mirada fija en las penas y glorias del pasado. Ahora, le correspondía usar este pasado para revelar su presente. El propósito único de la tradición es iluminar el presente. El pasado como tal no existe. Toda la historia de España sólo puede ser entendida como una intrahistoria, una serie simultánea de momentos que se hacen presentes mediante la imaginación, la emoción y la vida.

Sí, exclamó un tercer escritor, el filósofo José Ortega y Gasset, cuadrado, fumador, calvo, con una cara tan marcada por el tiempo como la de un picador. Pero el precio consiste en unirse a la humanidad, creando una nación moderna. Y España no era sino una nación invertebrada, un vegetal en un falso paraíso. Despertemos, gritó Ortega, o seremos sacudidos y arrastrados hacia la modernidad. Y entonces ocurrió algo que no pudo haber sido previsto en las derrotas de las bahías de Manila y de Santiago. Mientras que Ortega y un regimiento de científicos, educadores y artistas arrastraron a España hacia Europa y el siglo XX, Europa y el siglo XX se arrojaron a sí mismos a una catástrofe mayor que la pérdida del Imperio español.

La gran guerra de 1914-1918 destruyó las ilusiones que Europa abrigaba acerca de la perfectibilidad humana, la inevitabilidad del progreso y el idilio de la estabilidad europea basada en el colonialismo afuera y el liberalismo adentro. La carnicería de la guerra de trincheras, la pérdida de una generación entera de jóvenes europeos (sólo en la batalla del Somme, que duró cuatro meses, perecieron 420,000 ingleses, 194,000 franceses y 440,000 alemanes) hizo que los males de la España neutral y aislada parecieran bastante pequeños.

Pero, evitando inmiscuirse en la Primera Guerra Mundial, España no pudo evitar que la afectasen dos eventos derivados de la misma. Primero que nada, todos los contrastes y peligros de la Europa de la posguerra, corrupta, fatigada, desilusionada, entraron en España.

Y, en segundo lugar, España se dio cuenta de que el mundo fuera de España se encontraba tan trágicamente deformado como España misma pensaba serlo, tan deformado como un reloj derritiéndose en un paisaje pintado por Salvador Dalí; o escandalosa —tan escandalosa como la imagen de un ojo cortado por una navaja en la escena inicial de la película de Luis Buñuel, *Un perro andaluz*—. Y aun el poeta de la lánguida belleza de Andalucía, Federico García Lorca, en cuanto se situó fuera de España, vio al mundo como un infierno estéril e insomne.

“No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie. No duerme nadie”, escribe en su libro Poeta en Nueva York. Y añade, como si le contestara a Calderón de la Barca sobre el abismo de los siglos: “No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!”.

Pero dentro de España, más valía precaver. Los poemas y las obras de teatro de García Lorca están permeadas de fatalidad; la sombra de la muerte se proyecta sobre ellas. En el magnífico lamento por el torero Ignacio Sánchez Mejías, escrito un año antes de su propia muerte, García Lorca ruega que la cara del matador no sea cubierta, a fin de que pueda acostumbrarse a la muerte que siempre llevó dentro de sí mismo. Y antes, en la Muerte de Antoñito el Camborio, García Lorca no sólo había escuchado las voces de muerte cerca del Guadalquivir, sino que se había introducido a sí mismo como tercera persona en el poema, invocando a sus probables asesinos. “¡Ay Federico García, llama a la Guardia Civil!”. El poeta fue asesinado a la edad de 38 años. Y como predijo su propia muerte, predijo también el sufrimiento inmenso de España. Pues si España pudo darle respuesta a sus preguntas en términos intelectuales y aun líricos, no fue capaz de hacerlo en términos políticos. La cabeza de la monarquía, el rey, no inspiraba respeto. En su base, los caciques locales gobernaban a la España rural en medio del analfabetismo, el latifundismo y la abyecta pobreza campesina.

En Madrid, los conservadores y los liberales tomaron turno de gobierno retórico, en tanto que las postreras incursiones coloniales de España en Marruecos acumularon el desastre encima de la derrota. La “dictablanda” de Primo de Rivera en los años veinte parecía tan dulce como la hermosa música de la zarzuela flotando por la Gran Vía. Pero cuando el rey Alfonso

XIII despidió a Primo de Rivera en 1929, en medio de la Gran Depresión, sólo demostró su propia incompetencia y se vio obligado a renunciar en 1931. La débil monarquía fue seguida por una República igualmente débil. Sin embargo, esta “República niña” logró llevar el alfabeto y la dignidad a millones de aldeanos. El propio Lorca llevó su grupo teatral, La Barraca, a visitar por primera vez los campos olvidados. Pero la terrible mirada arrojada por Luis Buñuel sobre los horrores de la vida rural, ignorante, incestuosa y brutal, en *Las hurdes*, fue prohibida por el gobierno republicano.

La República le dio a España una legislación moderna. Separó a la Iglesia del Estado, promulgó leyes para el divorcio, instaló la educación secular y le dio a los obreros la libertad para organizarse. España fue el escenario de gigantescas huelgas y rebeliones proletarias, especialmente en Asturias. La República galvanizó toda la cultura de España y también cometió muchos excesos, sobre todo anticlericales, que enfrentaron a los grupos tradicionalistas con el gobierno reformista. Éste, en ausencia de un Ejecutivo fuerte, sufrió las tensiones abiertas, liberadas de cadenas autoritarias, de la masa de problemas irresueltos y facciones opuestas de la historia española. Los latifundios feudales en el sur, gravando a las prósperas y modernas tierras agrícolas del norte; un proletariado en rápida expansión y hambriento de tierras en el sur; en el norte, la industrialización y la inteligencia financiera. Pero las industrias se encontraban extremadamente subsidiadas y resultaban ineficientes y costosas. Y a medida que una parte de España arrastraba hacia abajo a la otra, e incluso la parte más sofisticada se dañaba a sí misma, las ideologías facciosas lo complicaron todo enormemente: las tendencias ilustradas y proeuropeas chocaron con las tradiciones regionales y aislacionistas; el liberalismo secular se enfrentó a un catolicismo revivido y agresivo; y sólo una sociedad tan autoritaria como la española lo había sido, podía alimentar formas tan radicales de anarquismo. Las dos filosofías totalitarias, el fascismo y el comunismo, parecían esperar entre bambalinas a fin de afirmar su propio sentido del poder por encima de la debilidad de la política republicana y sus estadistas decentes, bien intencionados e intelectualmente brillantes, como el propio presidente de la República, Manuel Azaña.

Invertebrada en verdad, esta España de la República, contradictoria, prometedor, efervescente, fue finalmente subvertida desde adentro por una rebelión de las fuerzas armadas: Francisco Franco y sus generales, quienes se levantaron en armas el 17 de julio de 1936. A la tierna democracia parlamentaria española, Unamuno le había pedido “resaltar la fuerza de los extremos... para que el medio tome en ello vida, que es resultante de lucha”. No fue así. La clase de Unamuno en Salamanca fue invadida por el brutal general fascista Millán Astray, quien gritó “¡Muerte a la inteligencia!”, mientras Unamuno respondía con dignidad:

“Venceréis mas no convenceréis”.

Pocos meses más tarde, el filósofo estaba muerto, su corazón roto por la calamidad de la guerra civil. Muerto también estaba Federico García Lorca, una de las primeras víctimas de la represión fascista, fríamente asesinado en su Granada nativa por, como él lo previó, la Guardia Civil. Muy pronto, la guerra civil española se convirtió en un conflicto internacional. Ambas partes (Franco y la República) obtuvieron apoyo extranjero. Los republicanos recibieron algunas armas soviéticas y solidaridad de parte del gobierno de Lázaro Cárdenas en México, así como la simpatía de la inteligencia internacional. Varios escritores incluso fueron a pelear a España: Orwell, Malraux, Hemingway. Las brigadas internacionales lucharon con altivez, dando una de las más emotivas pruebas de solidaridad internacional en el siglo XX. Entre ellas, destacaba la brigada Lincoln norteamericana. Todos estos hombres eran conscientes de que, en España, algo ominoso estaba ocurriendo: una nueva guerra mundial estaba siendo ensayada en los llanos y ríos de Castilla. La Alemania nazi y la Italia fascista le prestaron respaldo total, militar y político, al levantamiento franquista. El 26 de abril de 1937, los aviones stukas de Hitler bombardearon la ciudad vasca de Guernica durante tres horas. No había objetivos militares ahí. Se trataba de un ejercicio de intimidación de la población civil. Guernica fue una premonición de lo que sería la blitz contra Londres o la destrucción de Coventry. De ahora en adelante, inocentes se contarían entre las primeras víctimas de la guerra. Pero de la muerte de Guernica vendría el renacimiento de Guernica, la pintura emblemática del siglo XX por el mayor artista moderno de España, Pablo Picasso. El artista nos pide que miremos la cara del sufrimiento y la muerte a través de los intemporales símbolos españoles de la arena: el toro y el caballo, despedazados y descoyuntados. La dolorosa habilidad española para transformar los desastres de la historia en triunfos del arte es evidente en esta pintura. Pero esta vez, nada nos puede proteger. Estamos fuera de la cueva de Altamira. Estamos lejos de la recámara de Las Meninas. Estamos en una calle citadina. Las bombas caen desde los cielos, todo es devastación y miseria. Una vez más, como en el principio, estamos a la intemperie.

Las ruinas de la historia, ruinas del hombre, son iluminadas por un solo artefacto técnico: la lámpara de luz eléctrica. Una lámpara callejera intenta transformar la noche en día, de la misma manera que las bombas cambian la vida en muerte. ¿Podemos reconstruir un mundo con los pedazos del arte? Sobre los Pirineos, arrojado al exilio, el viejo y moribundo poeta Antonio Machado suspiró: Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.

Abandonada por la cobardía miope de las democracias europeas, notablemente Francia e Inglaterra, la República se enfrentó a los ejércitos fascistas de Hitler y Mussolini. Pero, en realidad, las dos Españas, una vez

más, se miraban a la cara, en apariencia sin conciliación posible: sombra y sol, nuevamente, como en el redondel.

Después de su triunfo, Franco construyó su propia y grandiosa tumba, el Monumento de los Caídos, cerca de El Escorial. Una enorme caverna perforada en la roca, tomó dieciséis años construirlo. El trabajo fue realizado, casi siempre, por prisioneros políticos. Y se convirtió

en el tipo de pesadilla fascista que Hitler hubiese construido para sí mismo, de haber ganado la guerra. Franco no ganó la Segunda Guerra Mundial. Pero tampoco la perdió. Fue ágil y astuto.

Hitler nunca logró arrastrarlo a la guerra, y cuando la paz llegó, Franco capitalizó su no beligerancia convirtiéndola en ventaja estratégica para la alianza occidental. A la entrada del Mediterráneo, le rentó bases aéreas a los Estados Unidos. Sus credenciales anticomunistas eran impecables. Pero en tanto que a Hitler Franco lo recibió con el saludo fascista, relegó ese hábito al olvido cuando recibió al presidente Eisenhower en Madrid para concluir su nueva alianza. La fachada de España bajo Franco fue tanto monumental como uniforme, semejante a la del Monumento de los Caídos. Pero el país era pobre. Necesitaba turismo y comercio, inversión y crédito. Y los obtuvo, en su calidad de meritorio centinela de la OTAN. Durante los años de Franco, España alcanzó el desarrollo económico, pero sin la libertad política. Esta combinación ha dejado de ser novedosa. De Corea a Chile, las dictaduras modernas han seguido la lección de Franco.

Rescatada por la cultura

Lo que a mí me parece verdaderamente importante, aun singular, sobre España, es que Franco nunca logró secuestrar la totalidad de la cultura. En Alemania, Hitler logró precisamente esto: un secuestro cultural. Quienes no estaban de acuerdo con el nacionalsocialismo fueron exiliados o asesinados y ninguna obra heterodoxa pudo producirse dentro de Alemania. La cultura española probó su resistencia durante los treinta y seis años del régimen franquista, creando una vez más un peligroso margen para la herejía, una vez más explotando la vena heterodoxa de la mina española. La cultura española continuó floreciendo, ciertamente, en el exilio. Pero dentro de España nunca se rindió. La poesía, la novela, el periodismo clandestino, las organizaciones políticas ilícitas. De un poema de Blas de Otero o José Hierro, a una novela de Juan Goytisolo o Rafael Sánchez Ferlosio, de las Comisiones Obreras de Marcelino Camacho a la renovación del Partido Socialista por Felipe González, la cultura española pareció aprender sus lecciones, decantando y asimilando la extraordinaria riqueza de la tradición, a fin de defenderla y asegurar su continuidad a pesar de la desgraciapolítica. Muchas de estas tendencias se volvieron visibles en el cine. La corrupción interna de los nuevos ricos del franquismo en *La muerte de un ciclista* de

Juan Antonio Bardem. La ilusión que anima a una pobre aldea de que el Plan Marshall la salvará en *Bienvenido Mr. Marshall* de Luis Berlanga. La España de Franco como una cacería interminable y autodestructiva en *La caza* de Carlos Saura —o su satíricamente corrosiva película, *El jardín de las delicias*, donde una familia rica trata de arrancarle al padre, enmudecido por un ataque de parálisis, el número de su cuenta de banco secreta en Suiza.

Y, finalmente, tuvo lugar el regreso del hijo pródigo: la *Viridiana* de Luis Buñuel, una

espléndida recuperación de la tradición cultural española, amarga y esperanzada, crítica y heterodoxa, la tradición de Cervantes y la picaresca, de Don Juan y San Juan, del cuerpo y del alma, como una manera de abrazar al marginado, al fuera de la ley, a los olvidados. La fuerza del cine de Buñuel fue que, amando o detestando su temática, el autor se sintió siempre profundamente comprometido por ella. El país aprovechó la hibernación franquista para pensarse a sí mismo, reflexionar sobre errores pasados, deplorar su tradición autoritaria y represiva, pero también para evocar, para recordar que poseía una tradición democrática: de las libertades de las comunidades medievales a la rebelión de las comunidades de Castilla a la Constitución Liberal de Cádiz al experimento fallido de la República, España poseía una experiencia democrática de la cual nutrirse. Ésta es la tradición que el país decidió consolidar después de la muerte de Franco en 1975. Pero en la mente internacional perdura una paradoja: ¿Cómo pudo esta joven y vigorosa democracia emerger de la decadencia de la prolongada dictadura fascista? La respuesta la hallamos tanto en la tradición mediata de las tendencias democráticas interrumpidas de la vida española, como en la tradición intermedia de la supervivencia cultural dentro de la era franquista; como en la nueva e inmediata tradición del talento político demostrado por todos los factores de la vida española después de 1975.

Pues en ese año existía una evidente falta de congruencia entre el desarrollo económico de España y su estancamiento político. La función de la democracia española consistió en equilibrar el desarrollo económico con instituciones políticas dignas de él. A lo largo de esta verdadera revolución democrática y política, todos desempeñaron responsablemente sus papeles. El joven rey Juan Carlos fue el factor de unión. Detuvo a los viejos militares golpistas y cerró las heridas del pasado. España se unió a Europa. Hoy, los Pirineos han caído. España tiene el ritmo de crecimiento más alto de la Comunidad Europea. Es una nación joven y democrática, que le ofrece a sus ciudadanos el más amplio abanico de selección política, producto de una vida democrática madura y de la ausencia de paranoia.

Pero el peligro persiste de que España, al ingresar en la Disneylandia Comunitaria europea, se vuelva demasiado próspera, demasiado cómoda, demasiado consumista, sin suficiente autocrítica y olvidadiza de su otro rostro, su perfil hispanoamericano. Legítimamente, España se encuentra en

Europa. Pero no debe olvidar que se encuentra también en Hispanoamérica, “los cachorros de la leona española”, como nos llamó el poeta Rubén Darío.

¿Podemos ser sin España?

¿Puede España ser sin nosotros?

Fuente: Adaptación de **Reflexiones sobre España y América** Carlos Fuentes (2013, p. 155-161).



1. ¿Cuáles son las características del tango? ¿Y de la salsa?
2. ¿Cuál es el origen de ambos estilos musicales?
3. ¿Cuál es el origen del Carnaval?
4. ¿Qué elementos influyen en la conformación de las expresiones del Carnaval en Hispanoamérica?

ORGANIZANDO LAS IDEAS...

A partir de todo lo estudiado, haz un resumen de 05 a 07 líneas exponiendo todo lo aprendido y qué novedades agregaste a tu conocimiento sobre los fenómenos culturales en España.

CONCLUSIÓN

En esta clase proporcionamos al alumno una visión general de la formación de la unidad nacional española, además de rica cultura del país representado por los artistas y las grandes instituciones mundiales. El contenido propuesto de la clase tuvo en cuenta algunos datos históricos y textos en importancia de la monarquía a la unión de los reinos y pueblos alrededor de la unidad nacional. Además de los elementos históricos, políticos y sociales tratados en clase también es necesario destacar la importancia de las manifestaciones artísticas para la reflexión sobre el tema propuesto. Este tema tiene por objeto promover el diálogo entre la cultura, el arte y la historia, indispensable para la comprensión de la materia.



RESUMEN

En esta clase profundizamos nuestra comprensión de algunos conceptos básicos acerca de las manifestaciones artísticas y culturales más significativos de España a lo largo de la historia, desde la formación del reino español, el construcción de la cultura árabe a algunas manifestaciones artísticas contemporáneas. Esta clase tuvo la oportunidad de aprender del diálogo interdisciplinar la relación entre la cultura, la historia y la economía para la formación del pueblo español. Terminamos nuestro tema de conocer un poco más sobre España de los países ricos culturalmente heterogénea, multilingüe cuyo idioma oficial es el español hablado por la mayoría de la población, aunque otras lenguas son oficiales en las diferentes regiones, como el catalán, el gallego y el euskera, o diferentes costumbres, culturas y el resultado es una multiplicidad de eventos artísticos y culturales.



AUTO-EVALUACIÓN

¿Al final de esta clase soy capaz de reconocer las características de los movimientos artísticos hispanoamericanos?

¿Necesito buscar más informaciones sobre el asunto?



PRÓXIMA CLASE

Congratulaciones por llegar al fin de más un curso. Deseamos que tengas aprovechado las clases. ¡Esperamos que tenga éxito en sus estudios!

REFERENCIAS

La monarquía en la historia de España. Disponível em: < <http://www.casareal.es/ES/MonarquiaHistoria/Paginas/historia-monarquia.aspx>>. Acesso em: 30 out. 2016.

Ibéria mulçumana. Disponível em: <<http://libro.uca.edu/payne1/spain-port1.htm>>. Acesso em: 30 set. 2016.

FUENTES, Carlos. **El espejo enterrado**: reflexiones sobre España y América. México: Alfaguara, 2010, (pp.7-13).